Entre pasillos y aulas

Recuerdo con cariño los pasillos de la escuela. Era un lugar agradable, familiar, donde podías reconocer a casi todas las personas a tu alrededor. Veías grupos de alumnos preparando trabajos, descansando entre clase y clase, o buscando a algún profesor. Y siempre había alguien que te saludaba.

La primera vez que se acercó a mí, no me acordaba de ella, no supe reconocerla. Sabía que la había visto antes, pero era incapaz de recordarlo. De todas formas, en ese momento, me saludó tan decidida que yo le devolví el saludo sin pensarlo, como si fuéramos viejas amigas. No hablamos más de dos minutos. Sin embargo, en ese tiempo ya me trasmitió buenas vibraciones. Era una chica muy sonriente, y derrochaba energía.

No fue hasta que la perdí de vista, que me vino a la cabeza. La conocía porque habíamos coincidido haciendo un voluntariado años atrás. Me resultó llamativo que me siguiera recordando después de tanto tiempo.

Siempre estaba rondando por allí, ya fuera en la sala de ordenadores, en la cafetería o en una mesa en el pasillo. Y siempre se acercaba a saludarme cuando me veía. Hablábamos un rato, de todo y de nada. Me contaba anécdotas divertidas, o lo que había hecho esa semana, y yo le contaba mis planes y mis preocupaciones académicas. A veces me contaba que había estado de viaje, visitando a familiares, haciéndose pruebas médicas o haciendo turismo.

Me parecía muy agradable, muy simpática. Su presencia llenaba los espacios. Hablaba alto, se reía mucho y por cualquier cosa, y a veces hasta me intimidaba un poco. Nunca le daba demasiada importancia a los problemas, y en todo sabía ver el lado positivo.

Un día me ofreció invitarme a un café. De primeras le dije que no, pero tras un ratito consiguió convencerme. Pasamos media hora sentadas en la cafetería de la escuela. Ella se tomó un café y yo un té de frambuesa. Estuvimos, sobre todo ella, hablando sin parar. Me ayudó a distraerme de mis problemas, a animarme, y lo agradecí mucho. Ese día empecé a pensar en ella como algo más que una conocida. Empecé a darme cuenta de que ella era de esas personas que llenan tu vida de verdad.

El tiempo pasó, cada una con nuestras responsabilidades, estudiando nuestros exámenes, viviendo nuestros problemas. Nos encontrábamos en la biblioteca y nos contábamos qué teníamos que estudiar, qué notas nos habían puesto, qué íbamos a hacer mañana. Incluso, un par de veces, me ofreció llevarme a casa en coche. No vivíamos muy lejos, y esa posibilidad tras un largo día de estudio, era un gran regalo, sólo a cambio de que le diera conversación en el camino.

Siempre pensaba en ofrecerle algún plan, pero nunca encontraba un buen momento. Las dos estábamos siempre bastante ocupadas, así que fui dejándolo pasar.

La última vez que la vi, nos encontramos por la calle. Iba de la mano con un chico. Nos paramos a hablar y me presentó al chico con orgullo. Era su novio. Ella parecía muy contenta, y

yo me alegré por ella. No como cuando decimos “me alegro por ti” en una situación cualquiera. Me alegré de corazón. Pensaba de verdad que se merecía lo mejor.

Luego, durante un tiempo, no volví a saber nada de ella. No la vi por la facultad. No me la crucé por la calle. No me extrañó no verla; ni se me ocurrió pensar que le pudiera pasar algo. No éramos tan cercanas ni nos veíamos tan a menudo. Sinceramente, no me acordé mucho de ella en este tiempo.

Hasta aquel día, cuando recibí la noticia. Era un día cualquiera, si no me equivoco era miércoles. Me llegó un correo de la facultad que abrí con desgana, pensando que sería alguna oferta de un curso o alguna reunión cercana. Sin embargo, era algo totalmente diferente, lo último que me podía esperar. El correo hablaba de ella.

Aun a día de hoy, me espero encontrármela por los pasillos, oír su voz al otro lado del hall, tomarme un café con ella. Vuelvo a recordar una y otra vez en las oportunidades que tuve de conocerla mejor y que no supe aprovechar. Pienso en todas las cosas que aprendí de ella, y en todo lo que podría haber aprendido. Puedo oír su risa con la misma nitidez que la oía en aquellos años.

Sobre todo, intento entender cómo alguien con tanta vida, pudo morir tan joven. Y no soy capaz de comprenderlo.

Escrito por:

Noemi Moonlight